



Entre mar y sierra, nacimiento de la región de Martínez de la Torre, Veracruz

Odile Hoffmann

► To cite this version:

Odile Hoffmann. Entre mar y sierra, nacimiento de la región de Martínez de la Torre, Veracruz. Odile Hoffmann y Emilia Velázquez. Las llanuras costeras de Veracruz. La lenta construcción de regiones, Universidad Veracruzana-ORSTOM, pp.12-9160, 1994. halshs-00463494

HAL Id: halshs-00463494

<https://shs.hal.science/halshs-00463494>

Submitted on 12 Mar 2010

HAL is a multi-disciplinary open access archive for the deposit and dissemination of scientific research documents, whether they are published or not. The documents may come from teaching and research institutions in France or abroad, or from public or private research centers.

L'archive ouverte pluridisciplinaire **HAL**, est destinée au dépôt et à la diffusion de documents scientifiques de niveau recherche, publiés ou non, émanant des établissements d'enseignement et de recherche français ou étrangers, des laboratoires publics ou privés.

1994- *"Entre mar y sierra, nacimiento de la región de Martínez de la Torre, Veracruz"*, pp129-160 dans Hoffmann O., Velázquez E. (coordinadoras) *Las llanuras costeras de Veracruz. La lenta construcción de región* Universidad Veracruzana-ORSTOM, 285p.

Entre mar y sierra, nacimiento y desarrollo de la región de Martínez de la Torre, Veracruz

Odile Hoffmann

Introducción

Identificar los centros de poder local actuales, anteriores o que están surgiendo, estudiar sus condiciones de existencia (alianzas, conflictos, rupturas) las determinantes históricas de su aparición o de su declinación son los objetivos y, a la vez, los puntos más importantes del análisis.

Pero el interés del estudio se encuentra sobre todo en la contextualización geográfica de estas dinámicas sociales, económicas o políticas. Se quiere conocer las distintas formas en que los diferentes sujetos, actores o grupos de actores, participan en la configuración regional, se inscriben o no en los razonamientos espaciales, quizá incluso territoriales, y cómo se solucionan, en el plano local, las posibles contradicciones entre las esferas de poder local y las del poder extralocal. Este último término subraya el punto de vista adoptado, el de lugar, de espacio de estudio, al mismo tiempo que deja abierta la definición de "no local" y no reduce el análisis a un enfrentamiento local-central o local-nacional.

Desde la partida, pues, una problemática que vincula el enfoque geográfico con el social y político, digamos el espacio (los espacios) y sus autores-actores. El tiempo juega también su papel, impone retrasos y aceleraciones en el análisis, según los momentos, los lugares y los temas. En una primera instancia, el estudio comprende los siglos XIX y XX, largo periodo en el que toma forma el espacio regional anteriormente poco estructurado o en todo caso estructurado de acuerdo con otros modelos, hoy superados. Los principales ejes de la organización espacial regional son el control de la tierra y su "valorización" según las normas "modernas" de la época. Haciendas y ranchos constituyen las formas dominantes de explotación y las actividades productivas son, ya en ese momento, comerciales, en su mayor parte destinadas a la exportación (tabaco, maderas preciosas, vainilla, ganado). La Revolución y luego la reforma agraria modifican de manera radical el panorama e impulsan otro modelo de organización; ejidos y ejidatarios, junto con comerciantes, artesanos y obreros cañeros convergen para la formación de una sociedad rural más diversificada, donde la ciudad y las actividades urbanas se convierten en un polo de referencia regional. Estas evoluciones se realizan a través de "negociaciones", conscientes o no, anunciadas o no, entre los distintos grupos locales y entre éstos y las instancias no regionales, que la mayor parte de las veces representan los intereses del gobierno central. A lo largo de este siglo (en términos generales, 1880-1890) aparecen algunas instituciones sociales y desaparecen otras, y con ellas ciertas formas de comprender y actuar sobre los dinamismos locales y regionales.

Dibujados a grandes trazos los espacios, los tiempos y los actores clave en la formación regional, el análisis se detiene en las principales actividades agrícolas (caña de azúcar, ganadería, cítricos), con otra cadencia, pues se trata de los años recientes y de un espacio más reducido: los tres municipios centrales de la región. Los procesos de modernización impulsados en el plano nacional repercuten sobre el local, son aceptados o reinterpretados, quizás rechazados, pero influyen siempre sobre las organizaciones locales y regionales.

El análisis de los tres sectores principales busca destacar las contradicciones, las rupturas, y revelar los mecanismos que aseguran el mantenimiento o, al contrario, provocan la caída de las antiguas formas de negociación entre los actores locales, regionales y nacionales. En una tercera y última parte, el marco del análisis se amplía al conjunto de la vida política y social y no solamente productiva, para comprender los procesos actuales de transformación regional.

Vaivén entre espacios, entre temporalidades, entre actividades y grupos de actores sociales, el texto se articula alrededor de una pregunta central: cómo funciona el territorio regional, cómo se conducen los grupos locales, en interrelación constante con las fuerzas llamadas "exteriores". La definición de esta exterioridad será consecuencia del análisis.

¿Nacimiento de una región o individualización de nuevos espacios productivos?

El espacio existe, la región se crea. En el centro del estado de Veracruz (véase figura 1), el espacio entre el mar y la montaña es conocido hoy como "región de Martínez de la Torre- Misantla", por sus polos urbanos actuales. ¿Cuántos siglos ha esperado ese espacio para convertirse en región? ¿No existía en otras épocas, en el imaginario de sus habitantes ahora para siempre silenciosos, una organización regional de lugares y de rutas, de actividades y de personas?

De la conquista al siglo XIX. Poblamiento y despoblamiento

No disponemos información alguna sobre el periodo precolombino, salvo una infinidad de edificios y otras construcciones diseminados en toda la región (Ramírez Lavoignet, 1965). Uno de estos conjuntos ha recibido, desde 1992, una atención especial por parte del INAH. Se han programado búsquedas cerca de Tlapacoyan, en el sitio de Filobobos, que podría convertirse en otro gran centro arqueológico de Veracruz y proporcionar nuevas informaciones sobre la historia del poblamiento de la región. Es seguro, sin embargo, la existencia prehispánica de una población indígena importante, totonaca, cuyos principales centros "urbanos" de la época fueron Misantla y Tlapacoyan, dos localidades situadas al pie de la sierra (véase fig. 2), a lo largo de los ríos que corren entre suaves colinas y vegas más o menos extendidas, para terminar en la desembocadura donde se encuentra ya el pueblo de Nauhtla (sic). En conjunto, Misantla y Tlapacoyan controlan la cuenca del río Bobos y sus afluentes (véase fig 3). Encrucijada entre montañas y planicies costeras, puntos obligados de pasaje para los comerciantes y los funcionarios del imperio que recogían los tributos, a veces lugares fortificados, estos pueblos, sin duda, vigilaban una "región", un conjunto espacial estructurado y más vasto que los puros alrededores de cada uno de ellos, pero ¿cuál era ese espacio? Quizás las excavaciones en el sitio de Filobobos arrojen luz sobre estos puntos.

Colonizado desde 1567, luego de la conquista que literalmente despuebla la región costera (véase Kelly y Palerm 1952, citado por Velázquez 1991), este mismo espacio alberga alrededor de 15 encomiendas, conocidas como "los llanos de Almería" (Estrada García 1982), que ocupaban un ámbito que se extendía desde la costa, a la altura de Colipa y Misantla, hasta los confines de Tlapacoyan, es decir, en términos generales, nuestro espacio regional actual. Al norte del río Bobos, una inmensa hacienda llegaba hasta el Estero la Victoria (Hacienda de Larios, Huatepec, Nauhtla y Tlapacoyan, Tisautlan y Atenco, 1573; véase AGN, ramo tierra 3044). Sin embargo, faltan las fuentes para seguir las distintas etapas de ocupación de este espacio: los indígenas fueron diezmados o huyeron hacia las montañas, los españoles no permanecieron mucho tiempo en estas tierras insalubres y difíciles de desmontar y algunos investigadores plantean la hipótesis de una despoblación masiva de la región hasta el siglo XIX (AGN, ramo tierras 3044).

Los alrededores, sin embargo, no tuvieron la misma evolución. Misantla y Tlapacoyan estaban habitados y administrados por españoles y la zona vecina a la montaña albergaba mucha población, salpicada de numerosas localidades indígenas y algunos ranchos de españoles que intentaban desarrollar la ganadería o el cultivo de árboles frutales (ciruela de Castilla), más tarde caña de azúcar y tabaco. Este último, como es sabido, fue en el siglo XVIII una producción controlada, y en los archivos se encuentra mencionado el rancho el Jobo (cerca de Tlapacoyan) como un importante lugar de producción en 1768 (AGN Ramo tabaco, vol. 3). En suma, tenemos poca información hasta el siglo XIX salvo la persistencia de los dos pueblos principales y una colonización vacilante de las tierras bajas despobladas, vecinas a una zona de sierra dinámica y productiva.

Con la Independencia y la voluntad de reconquistar esas tierras "salvajes" -también aquí se sigue un esquema válido para el conjunto de las zonas costeras

del país-, el gobierno estimula las iniciativas de colonización. En la región es un francés, Stéphane Guénot, que funda una sociedad que reúne a cerca de 200 mienmbos, para instalarse en Jicaltepec, a orillas del Bobos, río arriba de Nautla; en su mayor parte, estos colonos son originarios de Dijon y sus alrededores. Entre 1833 y 1875, con dos expediciones (1833 y 1835) y una decena de viajes menores, la colonia de Jicaltepec crece y supera los efectos devastadores del clima y de la incompetencia del iniciador y presidente de la sociedad. La comunidad aumenta con el arribo de nuevos habitantes, franceses de otras regiones unos, españoles e italianos otros (una colonia italiana se había creado en el norte, en Gutiérrez Zamora, alrededor de 1856); vivían de la agricultura y del comercio gracias al vecino puerto de Nautla: vainilla, pero también cueros y maderas preciosas son exportados a Burdeos, Havre y los Estados Unidos. La colonia se desarrolla como en circuito cerrado a pesar de los vínculos frecuentes con los vecinos indígenas por una parte y los pocos españoles de los pueblos por otra. El traslado a San Rafael, del otro lado del río, se efectúa en 1874 como respuesta a una conjunción de factores, algunos desfavorables: una inundación desastrosa en 1864, la reivindicación de las tierras donde se asentaba la colonia por algunos caciques y ganaderos de Jicaltepec, y otros propicios: la oportunidad de poder comprar en San Rafael tierras suficientes, en cantidad y calidad. A partir de entonces la colonia comienza su verdadero desarrollo, frenado por la Revolución pero reanudado inmediatamente, con base en el ganado bovino y la agricultura comercial (Demard 1987, Skerritt 1993).

Junto con el enclave de San Rafael el conjunto de la llanura costera sufrió un proceso de apropiación territorial más o menos en las mismas fechas, pero bajo modalidades distintas. Parece como si los inmensos dominios mencionados hubieran "perdido" en los siglos anteriores sus propietarios, pues en 1842 el general Guadalupe Victoria -en consideración a los servicios rendidos a la patria y de acuerdo con las leyes de colonización del estado de Veracruz-, solicita y obtiene la propiedad de una hacienda al norte del río Bobos, desde Tlapacoyan hasta el mar, Aunque los datos son fragmentarios, esas tierras parecen ser las de la antigua Hacienda de Larios, conocida desde el siglo XVI, con el añadido de numerosos ranchos. Guadalupe Victoria residió en el rancho El Jobo, cerca de Tlapacoyan, donde tenía intereses financieros desde tiempo atrás (numerosas hipotecas a su favor aparecen mencionadas en el archivo del Registro Público de la Propiedad, en Jalacingo, desde 1829). De hecho, Guadalupe Victoria poseía (sin título de propiedad) el mencionado rancho El Jobo, que lo dedicaba a la agricultura (ganado, tabaco y arroz se mencionan en la primera mitad del siglo XIX). En cambio, las tierras de la costa no parecen haber sido objeto de una explotación sistemática y seguramente no lo fueron por Guadalupe Victoria, que muere en 1884, apenas dos años después de que le fueran adjudicadas. Luego de su muerte, sus tierras quedaron bajo el control de su abogado, Francisco de Paula López y mas tarde del licenciado Rafael Martínez de la Torre, originario de Teziutlán, como pago de servicios realizados a la familia de Guadalupe Victoria. Martínez de la Torre, a su vez, debe revenderlos antes de su precipitada partida para Europa, "cazado" por Benito Juárez por haber defendido al emperador Maximiliano durante su proceso, y encomienda sus bienes a su amigo el hacendado Manuel Carsi. Estamos ahora en 1870.

En los primeros tres cuartos del siglo XIX y a pesar del auge de la colonización, las planicies costeras continuaron con el mismo esquema de organización regional que antes. La costa no era sino el apéndice geográfico de la sierra; las ciudades principales estaban en la montaña (la más próxima es Teziutlán), de la misma manera que las cabeceras de los cantones. La región está entre los cantones de Xalapa, Misantla y, en especial, Jalacingo. Este último ocupa una faja de la sierra, al pie del monte, a la altura de Tlapacoyan y el valle del río Bobos. En esta zona la planicie costera no tiene identidad propia, contrariamente a lo que sucede un poco más al norte, donde el pueblo de Papantla, de origen prehispánico y con población mayoritariamente indígena, domina sus alrededores y constituye el polo de una región estructurada, organizada y vinculada con otros centros regionales (Teziutlán, Xicotepec) a

través de múltiples relaciones comerciales, de trabajo y de parentesco. Las circunstancias cambian a partir de la década de 1870, con un nuevo reparto territorial que tiene un doble resultado: la concentración de tierras en manos de poderosos hacendados-comerciantes y la aparición de una categoría de propietarios-residentes, que quieren disponer de su espacio y asegurar su dominio territorial. Estos últimos aprovechan la fragmentación sufrida, a través de distintos intermediarios, de las heredades de Guadalupe Victoria. Los compradores son comerciantes de Teziutlán o de Papantla, quizás de Xalapa o de Puebla, que invierten en un rancho o una hacienda. Los apellidos Carsi, Sayago, Guzmán, de fuera de la región, se añaden a los de Bello, Mata, Melgarejo, Bringas, ellos también venidos de otros lugares, pero instalados allí desde mucho tiempo atrás y dueños de fincas o ranchos más modestos. Los nuevos propietarios aprovechan además la oportunidad que les ofrece Rafael Martínez de la Torre, la donación de terrenos para constituir el "fundo legal" de una nueva localidad, bautizada -como era justo- "Martínez de la Torre". En 1882 los nuevos y los viejos propietarios obtienen la creación de un municipio, con el mismo nombre, a partir del territorio de Tlapacoyan, nuevo municipio que tiene a su frente a los principales propietarios residentes (y no a los grandes hacendados de Teziutlán, Xalapa o Puebla). Desde este momento y hasta hoy, la división administrativa de los ayuntamientos se mantendrá mantiene incambiada (véase fig. 4). La creación del municipio constituye un momento simbólico y una fecha eje que señala la aparición en el ámbito público de los rancheros y hacendados locales. Podríamos decir que es la creación de un territorio ranchero, a partir de la voluntad de unos pocos y el apoyo de muchos.

De manera paralela y de alguna forma a contracorriente, tenemos la evolución de otro personaje clave en la historia regional: Manuel Zorrilla Bringas, español santanderino avecindado en Teziutlán desde 1860 y casado con Luz Bello, que pertenecía a una importante familia de Tlapacoyan. Zorrilla Bringas construye, paso a paso, un inmenso latifundio en los mismos espacios en que había existido la Hacienda de Larios y luego la de Guadalupe Victoria, a partir de recompras sucesivas a los pequeños propietarios locales, sin olvidar a los comerciantes y rancheros (por ejemplo, a Sayago en 1881, a los descendientes de Carsi en 1904; ARPPJ) y a través de la denuncia de terrenos. En nuestra revisión de los archivos, Manuel Zorrilla fue el único encontrado como aprovechando de las leyes liberales de finales del siglo XIX. En 1907 dispone de una inmensa hacienda que se extiende por los municipios de Tlapacoyan, Martínez de la Torre y Papantla, con más de 30 mil hectáreas en los dos primeros y prácticamente otro tanto en el tercero (Chenent 1987). Zorrilla Bringas y sus vecinos forman un grupo de una veintena de hacendados que acaparan las mejores tierras de la región.

La figura 5, construida a partir de varias fuentes, señala las propiedades mayores a mil hectáreas en 1907. Una primera observación se refiere a los propietarios. Con la notable y única excepción de Miguel Moya, nacido en Tlapacoyan, todos los hacendados, entre ellos Manuel Zorrilla, son inmigrados recientes y viven fuera de la región, en las ciudades donde tienen sus actividades comerciales: Teziutlán, Xalapa y a veces Misantla (véase fig. 5). La mayoría de los terratenientes son comerciantes, frecuentemente en productos agrícolas de alto valor, como vainilla y tabaco. Adquieren las tierras después y como añadidura de su negocio, que continúa siendo prioritario. Sin embargo, las fincas no dejan de ser consideradas como un medio de producción, y de producción moderna y rentable. La cercana ciudad de Teziutlán, a la que llega el ferrocarril desde 1890, y los canales comerciales con que cuentan, estimulan a los hacendados a dirigir sus propiedades como verdaderas empresas agroindustriales: tabaco, caña de azúcar, café y vainilla construyen fortunas y el maíz permanece como una producción importante. En un número del periódico El Herald de Puebla del año 1910, destinado a destacar los méritos de la región a través de los éxitos de las haciendas, se puede leer

No nos cansaremos de repetir que en ella [la tierra caliente] son más frecuentes las fuentes de riqueza para quienes quieran dedicarse a las

industrias agrícolas, pues en algunas partes la caña de azúcar llega a tener 6 o 7 metros de largo [altura], y una graduación muy alta; el tabaco da hojas que a veces tienen de 70 a 80 centímetros de largo y cuya calidad compite con la del de Cuba; los cafetos llegan a tener proporciones de árboles; allí crecen silvestres los árboles de hule, algunos de los cuales dan hasta 5 kilogramos de pasta seca al año; allí crece, también silvestre, la mejor vainilla del mundo, y abundan las maderas de construcción, las ricas de tintorería, y las preciosas de ebanistería, y crece y se multiplica [una] inmensa variedad de plantas textiles y se recogen hasta tres cosechas de maíz al año. En esa región hay más de 16 clases de plátanos; el naranjo y los limoneros son excepcionalmente prolíficos, y dan frutos exquisitos; se cosecha el algodón, arroz, frijol, cacao, pimienta, chile, etc. etc. El ganado caballar y vacuno viven en completa libertad, nace, crece y se multiplica sin cuidado alguno, y con gastos insignificantes.

Volvamos a la figura 5. Una segunda observación se refiere a la localización de las haciendas: todas están situadas en las tierras bajas que, como vimos, habían sido abandonadas por los españoles durante la colonia. Hacia el interior el espacio estaba más repartido entre los habitantes "de origen", campesinos, indios y mestizos, españoles empobrecidos y rancheros modestos. Hacia el sur y a lo largo de la costa, en lo que fue el centro de los "llanos de Almería" al comienzo de la colonización, son rancheros dispersos los que pueblan las colinas y lindan, más al sur y fuera de la región, con el inmenso latifundio de Las Tortugas (véase Skerrit, en prensa? 1993?). El enclave de San Rafael linda con las haciendas de Manuel Zorrilla sin dificultades o interferencias aparentes; aunque algunos colonos franceses rentan tierras al hacendado, no hay mención de conflictos vinculados con la pertenencia de la tierra ni tampoco de otro tipo.

La dinámica de la propiedad del siglo XIX ha sido selectiva. Los municipios de la sierra ya no participan en ella, los del pie del monte poco, y sólo en sus bordes (Misantla, Tlapacoyan). La oposición mencionada en los periodos anteriores se confirma, aunque los papeles se invierten. Ahora es la llanura la que domina, la que atrae y genera los capitales y la que absorbe a los pobladores. Sin embargo, aparece con fuerza otra espacialidad, vinculada con el transporte de bienes y de personas. La ruta Nautla- Martínez de la Torre- Teziutlán, que pasa por Tlapacoyan -localidad a la que inyecta nuevas actividades- se convierte en una arteria regional y por lo tanto en una necesidad ineludible. La leyenda querría que Manuel Zorrilla "benefactor de las poblaciones locales" haya invertido y perdido toda su fortuna en la construcción y el mantenimiento de esta ruta, de la que aún hoy se ven algunas huellas entre Tlapacoyan y Teziutlán. Sea como fuere, la fisonomía de la región se ha transformado profundamente en un cuarto de siglo. Aunque las ciudades de Misantla y Tlapacoyan son todavía las más pobladas (la primera de ellas lo será hasta los años cuarenta), ya no conservan el monopolio de las actividades comerciales. Dominada en otros tiempos por la sierra y dependiente de ella, la planicie costera se desarrolla y crea sus propios ejes de organización espacial, a lo largo del río Bobos y de la ruta que lo bordea.

Al comenzar el siglo XX el porvenir se muestra propicio para los propietarios de la planicie. La riqueza está al alcance de la mano, el espacio es suficiente, las actividades "prometen"; se tejen relaciones comerciales entre las ciudades de la sierra y aquellas, nacientes, de la costa. Surgen nuevas rutas, como la que va desde Teziutlán a Nautla, que rompe el aislamiento secular de la zona. Un territorio productivo crece y se diversifica. Los grandes hacendados se dedican a la producción "de punta" y la comercialización tanto para el mercado nacional como para la exportación, gracias a una organización en forma de red que los vincula entre sí, mientras los rancheros, menos ambiciosos, se arraigan en lo local creando sus instrumentos administrativos de control territorial: su propio municipio. Este "reparto de funciones" en un contexto de subpoblamiento relativo y de abundancia de tierras, se realiza sin mayores conflictos, por lo menos de acuerdo con lo que nos dicen los archivos, poco abundantes en datos sobre la región. Los intereses "locales" coinciden con las

políticas gubernamentales, las apoyan y las aprovechan en la medida de sus posibilidades.

En realidad, "lo local" apenas ha aparecido en estas regiones. Todavía es, más que otra cosa, una yuxtaposición de individuos, de personalidades, a lo más de grupos de personas unidos por lazos de parentesco o vecindad, que comparten un espacio común, sin un campo real de acciones conjuntas. La Revolución clausurará esta fase de expansión de la propiedad privada, por la intervención del Estado en todos los asuntos locales. Antes de poderse afirmar, el territorio será remodelado por la reforma agraria y sobre todo por la llegada de nuevos pobladores.

Traducción: Nelson Minello

----- 0000000000 -----

BIBLIOGRAFIA CITADA

- Archivo General de la Nación (AGN) ramo tierras; ramo tabaco
Archivo del Registro Público de la Propiedad (ARPP) Jalacingo
Chenant, (1987)
Demard, Jean-Christophe (1987), Jicalcatepec. Chronique d'unvillage français au Mexique, París, Editions du Porte-Glaive
Estrada García, Manuel (1982) Martínez de la Torre. 1982, año delcentenario, Ayuntamiento de Martínez de la Torre
Kelly, I. y A. Palerm (1952), The Tajin-Totonac (History, subsistence, shelter and technology, Washington, Smithsonian Institution
Ramírez Lavoignet, D. (1965), Tlapacoyan, Xalapa, Cuadernos de la Facultad de Filosofía, Letras y Ciencias, núm. 32
Skerritt Gardner, David (1993), "Rancheros en la tierra fértil", en Censo Agrícola, ganadero y ejidal 1970, SPP/ Universidad Veracruzana
Velázquez, E. (1991) Intercambio comercial y organización regional en el Totonacapan. Tesis de maestría en Antropología, El Colegio de Michoacán